

**PEREIRA IMAGINADA EN EL DEVENIR DEL SIGLO XX:
APRECIACIONES NARRATIVAS DE UNA CIUDAD**

KATHERINE CASALLÁN CADAVID

**UNIVERSIDAD TECNOLÓGICA DE PEREIRA
ESCUELA DE ESPAÑOL Y COMUNICACIÓN AUDIOVISUAL
FACULTAD DE CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN
LICENCIATURA EN ESPAÑOL Y LITERATURA
PEREIRA**

2017

**PEREIRA IMAGINADA EN EL DEVENIR DEL SIGLO XX:
APRECIACIONES NARRATIVAS DE UNA CIUDAD**

KATHERINE CASALLÁN CADAVID

**MONOGRAFÍA PARA OPTAR POR EL TÍTULO DE LICENCIADO EN ESPAÑOL Y
LITERATURA**

**DIRECTOR: RIGOBERTO GIL MONTOYA
DOCTOR EN LITERATURA**

**UNIVERSIDAD TECNOLÓGICA DE PEREIRA
ESCUELA DE ESPAÑOL Y COMUNICACIÓN AUDIOVISUAL
FACULTAD DE CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN
LICENCIATURA EN ESPAÑOL Y LITERATURA
PEREIRA**

2017

Resumen

Palabras claves: ciudad, imaginarios, narrativa local, siglo xx.

Cuando la historia o la memoria escrita se deja atiborrada en estantes empolvados o se le mira de reojo y no con mirada crítica; pierde su verdadera función: recordarnos quiénes somos o por lo menos contarnos cómo hemos llegado aquí.

Este trabajo de investigación, estriba en la necesidad de lograr un acercamiento a Pereira que posibilite entenderla a través de sus habitantes, de sus calles y de su obra literaria, y así elaborar una realidad más compleja que acorte las brechas entre unos y otros, entre la quietud de lo escrito y el carácter orgánico que le da la literatura a los datos históricos.

En palabras de Colorado: *“A lo largo de este siglo, cada uno a su manera, le hemos vendido el alma al diablo, llámese este dinero, guerra, mentira, fama, poder, prestigio o como lo quieran bautizar”*. El siglo pasado simboliza una era de grandes acontecimientos para la humanidad por esta razón ha influido en el devenir de las ciudades hasta la contemporaneidad; sin ser la excepción y fundada en 1863, Pereira da sus primeros pasos cuando el mundo ya estaba pensándose alrededor de la industrialización capitalista. Nacer bajo esta impronta determinaría un factor decisivo en su temprano afán por modernizarse.

Este texto pretende rastrear en las características de la literatura pereirana los imaginarios colectivos de la ciudad en el siglo pasado. Para ello establecerá un recorrido crítico por algunas de las manifestaciones narrativas locales; iniciando a partir de aspectos tradicionales y sociológicos, consiguiendo una interpretación de la compleja ciudad a finales del siglo XX e inicios del siglo XXI.

Cabe preguntarse qué requiere Pereira para ser entendida, qué tiene por decirnos, por qué desde sus inicios se promovió el deseo de conglomerar su desarrollo con caracteres épicos. Este

trabajo no pretende responder a los cuestionamientos anteriores, pero representa un inicio, una mirada, un diagnóstico que posibilita nuevas lecturas (cada vez más paradójicas y contradictorias), porque siempre habrá ciudad sobre la cual escribir, porque siempre habrá una Pereira por nombrar, por leer, por transgredir.

Abstrac

Keys words: city, imaginary, local narrative, twentieth century.

When the history, or the written memory is crowded in dusty shelves or you look at him miaskance and not with a critical look, loses its true function: remind us who we are or at least tell us how we got here.

This research work, consists of the need to achieve an approach to Pereira that enables understand it through their stories, their habitants, their streets and their literary work, to elaborate a more complex reality that transgresses and shortens the gaps between one and the other, between the stillness of the written and the organic character that the literature gives to historical data.

In the words of Colorado: “throughout this century, everyone in their own way, we have sold the soul to the devil, call this money, war, lie, fame, power, prestige or as you want to baptize”. The last century symbolizes an era of great events for humanity, for this reason they have influenced the future of cities up to the present time; without being the exception and founded in 1863, Pereira takes its first steps when the world was thinking about the capitalist industrialization. being born under this imprint would determine a decisive factor in his early desire to modernize.

This text aims to trace the characteristics of Pereira literature collective imaginary of the city in the last century. For this, it will establish a critical path of some of the local narrative manifestations, starting from traditional and sociological aspects, getting an interpretation of the complex city at the end of the 20th century and the beginning of the 21st century.

It is worth asking what Pereira requires to be understood, what she has to tell us, why the desire to conglomerate their development with epic characters has been promoted since its inception. This work does not intend to answer the previous questions, but represents a beginning,

a look, a diagnosis that makes possible new readings, increasingly paradoxical and contradictory, because there will always be a city to write about, because there will always be a Pereira to name, for read, to transgress.

A lo largo de este siglo, cada uno a su manera, le hemos vendido el alma al diablo, llámese este dinero, guerra, mentira, fama, poder, prestigio o como lo quieran bautizar y ahora estamos cosechando lo que sembramos: una verdadera legión de desesperados que intentan darle sentido a la vida a través de todas las formulas habidas y por haber: sectas evangélicas, espiritismos, ritos satánicos, Khrisnas, horóscopos, velas, piedras, plantas, Ovnis, reencarnación y hasta los ángeles fueron metidos en ese paquete conocido con el nombre genérico de Nueva Era, que en últimas no significa nada distinto a un buen recurso para ponerle un nombre sugestivo ya no a la sensación si no a la certeza del vacío.

(Colorado, 1997:26).

Tabla de contenido

1. Introducción	9
2. Una ciudad emergente en tierras abandonadas	13
3. Primera mitad del siglo XX: Elementos tradicionales de la cultura cívica en la difusión del sueño progresista	17
3.1 El espíritu de la época.....	18
3.2 La noción femenina.....	21
3.3 Imagen de la ciudad: El fruto del trabajo	24
4. La paradoja progresista en los relatos cotidianos de la Pereira moderna	26
4.1 “El periódico se amoldó a la vida moderna como el tinto”	27
4.2 “Pues por política”.....	28
4.3 Fuera de control	31
4.4 “Maluco también se vive bueno”	36
4.5 Somatización de las angustias	39
5. Puntos de encuentro para una lectura de ciudad	42
5.1 A través de la rendija una mirada de Pereira.....	45
5.2 La ruptura del pasado	47
6. Conclusiones	50
7. Referencias bibliográficas	52

1. Introducción

Pereira, la ciudad, el imaginario, como cualquier otra urbe del planeta está compuesta por ideales y pensamientos que sostienen su identidad histórica y cultural ante los vaivenes del tiempo y las influencias, circunstancia permanente en una ciudad que desde sus orígenes se caracteriza por su condición de cruce de caminos.

El siglo XX al simbolizar una era de grandes acontecimientos para la humanidad con el surgir literario del boom latinoamericano, con la expansión masiva de la industria del cine, las masacres de la primera y segunda guerra mundial, la Revolución Rusa y cubana y la guerra partidista en Colombia, repercute e influye en el devenir de las ciudades; sin ser la excepción y fundada en 1863, Pereira da sus primeros pasos cuando el mundo ya estaba pensándose alrededor de la modernidad y la industrialización capitalista. Nacer bajo esta impronta determinaría un factor decisivo en su temprano afán por modernizarse, mirarse siempre hacia el progreso cívico y estructural.

Cada periodo de la historia de la ciudad ha mantenido una línea de imaginarios (originados, trasplantados o adoptados) comunes a sus habitantes, desde las antiguas poblaciones indígenas, el caserío de Cartago de 1540 al norte del Cauca, su fundación como ciudad en 1863, los tiempos del progreso de la primera mitad del siglo XX y los estigmas de los bajos fondos económicos, sociales y políticos que sucumbían al narcotráfico y la violencia, hasta los tiempos del actual manoseo económico y publicitario de la identidad cafetera.

Al abrir el espacio para un ir y venir de ideales y por supuesto al ser habitada por seres complejos, la ciudad se transforma en un elemento político, en un lugar donde juegan intereses grupales e individuales que llevan al escritor, -quien asume la ciudad desde sus visiones y

emociones-, a ser vocero de esa colectividad; por ende, esa ciudad termina siendo la ciudad de todos, construida o cimentada en relación con esos correlatos que se complementan, contradicen, y sobre todo, se necesitan.

Jaime Jaramillo Uribe alude al componente amoroso que permea la escritura pereirana, recordando que cada sujeto desde su sentir construye su propia ciudad, igualmente destaca la sensación subjetiva que compromete la historia y su forma de hacerse:

Aunque no escapa a sus detractores -que para todo los hay- Pereira es esencialmente una ciudad amada. Tiene sus admiradores, sus cantores, sus cronistas, sus agradecidos y entusiastas hijos, propios y adoptivos. Media docena de lemas la califican como un lugar mejor para vivir: Ciudad sin puertas. Ciudad amable. Ciudad de las mil y una sonrisas. Ciudad cívica. Ciudad prodigio. La ciudad que lo tiene todo. Los incapaces de amor, que todo lo miran con odio y envidia, nada pueden contra Pereira, porque las puertas abiertas también son para salir. (Jaramillo, 2004:147).

De este modo, cada autor desde su propia consciencia crea una idea de urbe, por ejemplo, se resaltan las percepciones de académicos como en el caso de Herrera, L. (2013) que relaciona la ciudad con la metáfora del cuerpo impúdico, y Silva, A. (2013) que presenta la simbología de la mujer dispuesta al sexo con el Viaducto (emblema arquitectónico de la urbe), ambos en Zuluaga, V. (2013) que realiza la compilación de estas apreciaciones de Pereira.

Sin embargo, a lo largo del siglo XX Pereira se transformó, bebió del ímpetu de sus hazañas, (escudo o soporte de su mentalidad encaminada al futuro), creció, se hizo compleja, difícil de contar y por supuesto paradójica. En este curso de ideas, el devenir del pasado centenario será analizado en este trabajo monográfico atendiendo a la siguiente pregunta de investigación:

¿De qué manera se evidencia en la literatura los cambios estructurales que ha sufrido la ciudad de Pereira y sus consecuencias en la transformación de la identidad social y cultural?

Este texto pretende rastrear en las características de la literatura pereirana (en su labor como depositaria crítica de la memoria), los imaginarios colectivos de la ciudad en el siglo XX. Para ello

establecerá un recorrido crítico por algunas de las manifestaciones narrativas locales que han dado forma a estas expresiones colectivas de identidad en periodos de tiempo y circunstancias determinadas.

Así, textos como los de Montoya, J. (2015), González, L (1983), Mejía, L. (2015), Jaramillo, E. (1963, 1968 y 1984), Girón, S. (1978, 1983, 1987 y 1992), Álvarez, E. (1983), Baena, B. Henao, A. en Álvarez (1995), Castro (s.f), Colorado (1999), Cano (2015) y Gil (2014); contribuirán a reconocer algunas de las narrativas que componen la faz identitaria de la ciudad.

En cuanto a la metodología, es un trabajo de investigación con enfoque cualitativo, ya que se fundamenta en un proceso inductivo (explorar y describir) y en abordar una perspectiva interpretativa ya que pretende analizar las alusiones que se han hecho sobre la ciudad desde el campo literario, contrastando parte de la literatura surgida en las primeras décadas del siglo pasado, con otra desarrollada alrededor de la década del 60 en adelante.

Por ende, es necesario recurrir al análisis y a la interpretación de un corpus documental, el diseño es descriptivo y comparativo, por ello, la investigación iniciará a partir de los aspectos históricos de Pereira, del análisis y confrontación de algunos referentes narrativos que permitan entender sus elementos socioculturales para lograr una interpretación de la ciudad a finales del siglo XX e inicios del siglo XXI.

Esta monografía consta de cuatro capítulos analíticos y un apartado de conclusiones. El primer capítulo *Una ciudad emerge*, realiza una aproximación a los principales referentes de la fundación y el tránsito de una aldea a una ciudad capital. El segundo capítulo, *Primera mitad del siglo XX: Elementos tradicionales de la cultura cívica en la difusión del sueño progresista*, analiza tres aspectos importantes de Pereira como imaginario narrativo: la mujer, la época y el trabajo.

El tercer capítulo, *La paradoja progresista en los relatos cotidianos de la Pereira moderna*, abordará algunas representaciones narrativas de la violencia bipartidista, las crisis emocionales y económicas de sus habitantes. El cuarto capítulo, *Puntos de encuentro para una lectura de ciudad*, permitirá analizar algunas revisiones a la condición de los imaginarios de Pereira en la primera parte del siglo XXI. Finalmente, un apartado de conclusiones que permitirá recopilar y analizar algunos de los principales hallazgos del análisis literario de los imaginarios pereiranos.

2. Capítulo I: Una ciudad emerge

A pesar de que se tienen diversas versiones sobre la procedencia de los terrenos y la fundación de Pereira, oficialmente se cuenta que José Francisco Pereira Martínez en compañía de otros cartagueños proyectó fundar una ciudad sobre las tierras que albergaron casi dos siglos antes a su natal Cartago¹, sin embargo, el 20 de agosto de 1863 muere sin conseguir materializar sus intenciones.

En efecto su íntimo amigo Remigio Antonio Cañarte tomaría cartas en el asunto, así se registra en Jaramillo (1983): “Acaba de morir en Tocaima mi estimado amigo el doctor José Francisco Pereira y si no vamos a fundar la población de que tanto nos ha hablado, su ánima quedará sufriendo en el purgatorio” (42).

Después de este llamado, los fundadores oficiales se congregaron el 30 de agosto del mismo año para dar lugar a la misa fundacional de Cartago Viejo (actual Pereira) con una asistencia de 78 personas entre las que figuraban Jesús María Hormaza, Elías Recio, Deogracias Cardona y Petrona Pereira (única mujer).

Los primeros años del caserío fluyeron sin conocer acontecimientos relevantes para su despegue; no obstante, en el año 1871 poco tiempo después de que Cartago viejo pasara a llamarse Villa de Pereira, el congreso les adjudicaría 12.000 hectáreas gracias a las gestiones del Dr. Ramón Elías Palau y el ya mencionado Jesús María Hormaza (Jaramillo 1963). Así poco a poco el pequeño caserío iniciaría un proceso de crecimiento económico que pasaría de cinco puntos de mercado casero (Corocito, La Rebeca, La florida y Puente Mosquera) a los tradicionales días de comercio en las plazas que empezarán a dar forma al casco urbano. (Benavides, 2016:241).

¹El cronista Fernando Uribe Uribe en el capítulo I de su libro *Historia de una ciudad Pereira* relata la doble fundación (1540-1541) de Cartago emprendida por el Mariscal Don Jorge Robledo en el lugar que hoy ocupa la ciudad de Pereira. Así mismo dio cuenta de su abandono en 1961 debido a los ataques de los indios y lo áspero del terreno.

De otro lado, los antioqueños con su espíritu emprendedor y tendiente al trabajo esforzado vieron la oportunidad de domar las prometedoras tierras de la reciente región, dando inicio a una significativa migración; este fenómeno tiene su representante más grande en Juan María Marulanda “Primer creador de riqueza de Pereira y quizá del país” (Uribe 1963:56).

El ímpetu de estos hombres o de estas familias sintetizan un factor decisivo en el carácter cívico de los habitantes de la villa, así se constata en la creación de las ferias semestrales en 1894 por intuición de don Valeriano Marulanda (hermano de Juan María Marulanda); dichas ferias forjarían el desarrollo comercial y el paso de una aldea marginal al norte del Cauca a un proyecto de ciudad capital.

El inicio del siglo xx denotaría una causa simbólica en la búsqueda de progreso, esto lo revelan los censos recopilados en el libro *Pereira, proceso histórico de un grupo étnico colombiano*; en ellos se observa que por el año 1905 la cifra de habitantes llegaba a 10.000 y continuó en aumento hasta llegar a ser de 50.931 en 1920.

Pero el deseo de prosperar no fue el único motivo para la llegada desmesurada de personas, pues la ciudad también sirvió de refugio durante la violencia y las guerras civiles en Colombia, y de otras hecatombes del mundo como la migración de sirios y libaneses que escapaban de la aparatosa caída del imperio turco otomano.

En la década del veinte, Pereira manifestó el inicio de su desarrollo tanto físico como industrial con el impulso en la producción de vidrio, tejidos de algodón, cerveza y chocolates, dando lugar a componentes relevantes en el pensamiento del habitante de la ciudad sin puertas. Según la administración local (Página oficial de la alcaldía de Pereira) durante el periodo de 1905 a 1950, la ciudad de puertas abiertas se convirtió en la ciudad prodigio, dado el impulso económico

de la bonanza cafetera de aquellos años, el crecimiento industrial y la oleada migratoria nacional del periodo de la violencia de 1950 a 1985.

En el año de 1967 la ciudad es nombrada capital del departamento de Risaralda, un reconocimiento a un manifiesto de imaginario capitalino alimentado durante más de un siglo y que dio sus frutos en esta época. Sin embargo, la reciente capital tuvo que afrontar uno de los fenómenos más terribles en la historia de la producción agrícola de la región: la crisis cafetera.

Dicha crisis y la inestabilidad económica de los años siguientes a esta, hicieron que durante la década de los 90's y principios del siglo XXI muchos de sus ciudadanos emigraran a otras zonas del globo donde el auge económico era más benévolo que en su ciudad, lo que aumentó el ingreso de remesas del exterior e impulsó un nuevo aire económico, que ahora se preparaba para el plan de remodelación administrativo y político de Ciudad Victoria.

Este proyecto debe ser resaltado dadas las implicaciones que ha tenido para el resto de modelos de reestructuración de la ciudad después de los sismos de finales del siglo XX y las agendas administrativas de estas dos primeras décadas del XXI.

Ciudad Victoria como remodelación, implicaba la expulsión (del centro de la ciudad) de la plaza de mercado, tradicional en su historia como población, pero detestable como testigo de los grados de descomposición social producida por el progreso, curiosamente ubicada en el centro de ella.

Así, Pereira en sus constantes procesos administrativos de remodelación siguiente como el de “Capital del área metropolitana” conformada por Dosquebradas, la Virginia y Pereira, y el reciente proyecto de “Capital del eje cafetero” proyectado para el presente lustro, se ha dedicado a implantar un modelo de urbanización que más que representar los ideales de la comarca originaria, obedece a la oferta y demanda de las líneas económicas contemporáneas. Un hecho

ineludible en tiempos del capitalismo económico y la globalización, donde hasta la identidad cafetera sufre del manoseo de la mercadotecnia.

Esta última, incide directamente sobre los rasgos identitarios de la ciudad y la región. Con la declaratoria en el año 2011 de Paisaje Cultural Cafetero, de la cual Pereira hace parte, la identidad y tradición de la ciudad se ha visto utilizada por los afanes de la publicidad y los planes turísticos que poco reconocen en la práctica sus capacidades culturales y las tradiciones maquilladas por toneladas de concreto en los parques y zonas hogareñas y campesinas de la ciudad.

Para este punto del recuento de la existencia y construcción de la urbe capitalina de Pereira, tal vez se debería atender la inquietud de Calvino: (2007:5).

¿Qué es hoy la ciudad para nosotros? (...) cuando es cada vez más difícil vivirlas como ciudades. Tal vez estamos acercándonos a un momento de crisis de la vida urbana y *Las ciudades invisibles* son un sueño que nace del corazón de las ciudades invivibles.

3. Capítulo II: Primera mitad del siglo XX: Elementos tradicionales de la cultura cívica en la difusión del sueño progresista.

En la poesía de principios del siglo XX es posible rastrear elementos socioculturales para reconstruir la ciudad metafóricamente y desde un ejercicio de lectura. Cabe afirmar en primera instancia que el germinar literario fue paulatino y surgió en compañía o soportado por los impulsos cívicos de sus habitantes, es decir que probablemente el despertar intelectual se dio gracias al deseo de plasmar en la historia las acciones de los antioqueños enalteciéndolas a manera de epopeya, y difundir unos valores tradicionales como el orgullo y el espíritu progresista.

Esta época de grandes transformaciones para Pereira es referida por Hugo Ángel Jaramillo como una “edad de Oro” (1982:289). En este lapso se crearon instituciones como La sociedad de Mejoras, El Club Rotario y La Universidad Tecnológica; así mismo el escritor enumera las obras llevadas a cabo con recursos propios y convites, entre ellas la obra del Aeropuerto Matecaña, El colegio Deogracias Cardona y el hospital San Jorge.

Sumergidos en este contexto, poetas como Luis Carlos González, Elías Recio y Julio Cano Montoya usaron su pluma movidos por una mentalidad vinculada a lo heroico, y a pesar de no evidenciar en sus versos temas referentes a los cambios físicos de la ciudad, representaron un imaginario de Pereira en la que resaltan los hechos memorables de su fundación.

Por ello su creación literaria puede definirse en parámetros clásicos y tradicionales, consolidando valores imprescindibles para honrar y continuar el legado del colono antioqueño que con hacha, ruana, carriel y ojos maravillados ante el paisaje y la hermosura de sus mujeres montañeras labró la imagen propagandística de una raza pujante.

3.1 El espíritu de la época.

En los habitantes de la joven ciudad estaban implícitos principios cristianos heredados de la colonización española en el Nuevo mundo. El poeta pereirano Luis Carlos González (1908-1985) hace alusión a este encuentro de culturas preguntándose qué se debe celebrar en el día de la raza cuando se desconoce y subestima la importancia de las múltiples culturas que existieron (o existen) en el territorio colombiano:

La madre España nos legó el idioma
y la riqueza inmaterial de un Dios.
¿Debemos gratitud? Valiente poma,
¿Acaso es mudo el indio y no se asoma
el mismo Dios cuando se asoma el sol?

Delito sin razón, traidor ultraje
negar dialectos y ocultar el sol,
los choznos de indiecita coreguaje
que se tendió por ver vulgar tatuaje
en el pecho ladrón de un español
(1983:105).

Pero esta confrontación religiosa, refleja otros componentes que van desde el temor a los espíritus y la fe en la hazaña, hasta el carácter sagrado e imprescindible de los templos en la recreación de la cotidianidad; de tal modo se percibe en los versos de uno de los fundadores llegados desde Cartago a hacer reales los deseos de Francisco Pereira y uno de los primeros poetas de la ciudad: don Elías Recio (1847-1930) quien, en su poema *¡Dios mío!* refracta el castigo divino como consecuencia del mal obrar: “Si en recias convulsiones la tierra se conmueve,/ y sufre mil quebrantos, causándonos pavor,/ allí se ve tu brazo y voluntad que mueve,/ acaso por castigo del mundo pecador” (Álvarez, 1995:14).

Otro poeta contemporáneo de Don Elías y compositor del himno de Pereira, Julio Cano Montoya (1877-1930) escribe en 1904 *El Espectro* para dar cuenta de estos factores del pensamiento metafísico y supersticioso.

(...) y afirman los vecinos de la aldea,
 que suelen visitar el cementerio,
 que desde aquella fecha en que enterraron
 la hermosa niña de los ojos negros,
 han visto hasta su tumba solitaria
 llegar todas las noches un “espectro”
 que puesto de rodillas, sollozando,
 dizque murmura un rezo,
 y después, caminando lentamente,
 sale del cementerio (...)
 (2015:23).

Las creencias en agüeros sostenidas tradicionalmente por la oralidad eran tomadas en serio y hacían parte del imaginario suscitado en el aldeano. Una muestra de ello la da el cronista Euclides Jaramillo al confesar que a pesar de estar oficialmente prohibido el creer en estas cuestiones lo cierto era que creían en ellas sinceramente.

En Antología del juguete. Talleres de la infancia (1968) el escritor evoca estos patrones que recomendaban evitar bañarse un viernes Santo para no convertirse en pez, y mostraban el temor hacia las persecuciones de Juana Ruda y otros espantos invocados por niños (en su mayoría) y adultos en sesiones de cuentos tenebrosos.

Por otra parte, como ya fue referido los fundadores oficiales no serían los encargados de impartir el progreso en la ciudad recién nacida, pues esta labor fue realizada por los antioqueños, gestores del ímpetu cívico y del legado cultural que nos ha hecho o nos ha definido desde lo tradicional como personas serviciales, ‘rezanderas’, trabajadoras y emprendedoras. Uno de esos agricultores hijo del empuje antioqueño que amó, trabajó la tierra y que en un orden humano y apasionado convirtió la poesía en su voz implacable fue Abelardo Henao Restrepo. Este ferviente hombre hace una conmemoración al trabajo y a la fuerza del aldeano en su *loa al campesino*:

Compañero campesino
 naciste para la fatiga
 y para ser invencible
 en la palestra:

tu paso es de triunfador atleta
 y sabes que puedes estremecer
 el infinito
 con tu potente grito
 de titán.
 (Álvarez, 1995: 39).

Hay una evidente tendencia a elogiar y santificar las hazañas de los colonos, haciendo meritorio retomar a Luis Carlos González y a su necesidad de revelar que la ruana, el machete, el hacha, el trapiche, Dios, las hermosas mujeres y el aguardiente de caña merecían plasmarse en la eternidad, en la memoria de un pueblo.

Por ende, la vinculación simbólica del poeta con la ciudad puede representar en su trasfondo la propaganda del “prohombre” originada por la intencionada glorificación de la “épica montañera”. Así se asume en su poema *Sangre nueva*:

hijo soy del labrador
 y jardinera aldeana
 y me parezco a los dos
 como a las gotas del agua;
 soy demócrata de afectos
 con alma de miel de estancia,
 y altivo alienta en mis venas
 vigor de tierra mojada.
 No añoremos pergaminos
 -Ceniza gris de hojarasca-
 y luzcamos nuestra fértil
 montañera aristocracia,
 para que aquellos que vienen
 hereden orgullo y casta
 de quienes lanza no empuñan,
 ni disparan cerbatana.
 (1983:81).

En este gran poeta todo lo existente está permeado por los dotes de la montaña, de sus calles sumergidas en cafetales, bambucos, atardeceres y semillas: “Como yo soy montañero, montañero es mi vocablo”. Así mismo, la mujer en sus descripciones está íntima y analógicamente unida al paisaje: “Blanco lunar de machera/ en carne de selva brava, / flor de guadua y cañabrava,

/ mi cabaña montañera, ambiciosa compañera, / con afán de madrugada, / la aurora de tu llegada/
en el cielo de mi espera”.

Así, busca retratar lo que fue y es Pereira, logrando evocar en la memoria de los habitantes sus raíces históricas; esto lo llevaría a diferenciarse del resto de escritores y lo posicionaría como el poeta más aludido de la ciudad que camina a la modernización:

Nieto de artista y labriego,
manchegos de la montaña,
tengo perro y labrantío,
machete, carriel y ruana,
tiple que acuña bambucos
en su par de pentagramas
y un retacito de cielo,
colono de mi cabaña.
(González 1983:16).

3.2 La noción femenina.

En los versos de inicio de siglo pasado se hace alusión a la mujer como madre, campesina, fundadora y figura inmaculada que impulsó el trabajo del hombre para crear un patrimonio ligado íntimamente al carácter religioso del poblado. Surgieron así, nociones totalizantes sobre la mujer en la ciudad, que se adhirieron a su imaginario dado que la religión cristiana dictaminó normas para la conformación de la familia y de la sociedad, limitando la figura de la mujer al de madre y esposa en la comunidad.

Sin embargo, las letras pereiranas sobrepasarán la imagen religiosa de mujer puesto que el hombre, eterno amante de sus dones espirituales y carnales la inmortalizarán en el mosaico femenino de la ciudad, tal como apunta Calvino (2007) “Al hombre que cabalga largamente por tierras agrestes le asalta el deseo de una ciudad (...) En todas estas cosas pensaba el hombre cuando deseaba una ciudad. Isidora es, pues, la ciudad de sus sueños (...)” (23).

Así, surgía el imperio de esos hombres amantes, de esas mujeres llenas de fortaleza y encanto, personas con energía creadora y fuertes raíces cristianas. Se rescata el hecho de que la mujer para algunos poetas sea de suma importancia por generar vida y promover tradicionalmente en sus familias los valores de su estirpe, y socialmente tenía que representarlos a cabalidad, aunque en los subterráneos deseos de los hombres afloraran otras intenciones, quien no cumpliera con este mandato colectivo era vilipendiada como ocurre en Girón (1978):

(...) Estas cosas no podemos permitirles en un pueblo tan respetable y cristiano, donde nuestras mujeres siempre se han distinguido por su honestidad. Si el padre le ha prohibido a las putas de la zona de tolerancia andar por las calles del centro, como que va a tener que hacer lo mismo con más de una puta que se las tira de señora”, gritó el ganadero, posiblemente para que yo lo oyera. “En este pueblo han nacido hasta presidentes de la república y por eso no podemos permitir estos desafueros porque la ciudad se nos convertirá en un putarral, en una casa de citas para vergüenza de nuestros padres y fundadores (21).

Uno de los poetas más recordados de la primera mitad del siglo XX, Cano Montoya, cantó y elogió a la madre como guía para encontrar los lazos más fuertes en los que el amor incondicional y la esperanza en medio del conflicto relucen avivando el continuar en el camino de la vida:

¡Con qué particular delicadeza
el dolor de mi herida mitigaste
y con cuán cariño me llevaste
de la mano al través de mi tristeza! (...)

Y como fiel representante de su tradición religiosa prosigue con una analogía entre el sufrimiento de su madre y la angustia de la Santa Madre de Jesús:

...Dios te pague tu amor y tu ternura
y te bendiga, porque me salvaste...
mientras que para guiarme no dudaste
en seguir resignada la aspereza.
De mi ruta fatídica de abrojos,
Anegados en lágrimas los ojos
Como la Santa Madre de Jesús;
Como ella, con el alma lacerada
Por angustia infinita y agobiada

Por el enorme peso de la cruz.”
(Cano 2015:25).

La madre simboliza la fuerza necesaria para no sucumbir ante la adversidad al ser una mujer sacrificada, labriega, esforzada, trabajadora y afectuosa que sabía mantener la alegría en medio de las dificultades. Otro pereirano que elogió y agradeció la vida cargada de enseñanzas en el legado materno fue Baena, B. (1907-1987):

¡Noventa años! Fe, luz, amor, sosiego
y limpio el corazón en tu ternura,
para el jardín de Dios con lumbre pura.
Jacintos en tus manos y en tu ruego.
Saber que soy por ti, que de ti llego,
Que mi voz que es tu voz alta y madura,
Me hace volver a infancias de ternura,
Aunque yo esté para mirarlas ciego.
(En Álvarez 1995:45).

Sin embargo, la mujer no sólo sobresaldría en connotaciones maternas, pues como esposa fue relevante en la construcción y el desarrollo físico y cultural de la ciudad. Luis Carlos González las enaltece dedicándoles algunos versos por acompañar las acciones encaminadas al ascenso y convertirse en modelos cívicos, en matronas: “Compañera del hacha caminante y sencilla/que labró sobre carne de nogal la epopeya”. Aludiendo a Manuela Uribe de Correa.

“Ya la vieja Camila silenció su leyenda/
del hachero y el roble que, en eglógica ofrenda,
entregaron su sangre por cabaña y plantío[...].” para referirse a Camila Marulanda de Echeverri, esposa de Carlos Echeverri Uribe uno de los fundadores del hospital San Jorge, gestor de reconocimiento y autor del libro *Apuntes para la historia de Pereira*; en él da cuenta de la hazaña de las familias antioqueñas para vencer la selva e introducirse en tierras nuevas y esperanzadoras: “Éramos cuatro compañeros, arrojados de Antioquia por la guerra y el hambre. En Santa Rosa dejamos las mujercitas y las pocas reses que pudimos salvar del gobierno (...)”.

Así mismo, las menciones que se hacen de Pereira han surgido acompañadas por el acontecer de su historia y se han impregnado en la mente de sus habitantes. Todas aluden al ideal de mujer en el referente de la urbe, por ello Pereira se define amorosa, solidaria, emprendedora y fraternal.

Cabe resaltar esta visión femenina de la ciudad en el himno de Pereira escrito por Cano Montoya, allí la ciudad confiesa sus íntimas transformaciones: “Surgí del bosque, del hacha al son. / Y fui creciendo por el influjo/ de su amorosa solicitud. / Hasta formarme gentil y bella. / Llegada apenas mi juventud/”.

Pereira es idealizada por el poeta, es la madre de los pereiranos, ella canta y evoca su nacimiento, su crecimiento, su carácter gentil y acogedor; devela lo importante que son sus mujeres para forjar con sensibilidad la historia. Su himno es fiel representación de las imágenes poéticas de los inicios del siglo pasado que pretendían elogiar la hazaña antioqueña y legar valores como el esfuerzo, el civismo y exaltar las continuas aventuras en vista del futuro.

Y al final, no le queda más que agradecer el trabajo de sus hijos para conseguir el anhelado adelanto: “Salvé el esfuerzo de mis heroicos/ y buenos hijos que con amor, me dieron nombre, me dieron fama, me hicieron grande, me dan honor”.

3.3 Imagen de la ciudad: El fruto del trabajo

Aunque es difícil definir la identidad de Pereira, como la de cualquier ciudad, recordando a Fernández (2012): Las ciudades son fruto de un espacio y un tiempo particulares, están dotadas de una singularidad propia que convierte en irrepetible e inexportable a otras geografías la mayoría de lo que sucede en sus calles. (1).

Pero, es posible construir una imagen de ella a partir de testimonios o de la voz de sus escritores, quienes desde su particular forma de verla se convierten en agentes de la comunidad, tal como apunta Góngora (2012:30) al advertir que los habitantes no solo enriquecen la ciudad como espacio cultural, sino como espacio simbólico de imaginarios propios de su subjetividad. Así, los escritores al dar forma en sus obras a personajes que habitan su interioridad y ponerlos a transcurrir por las calles de la ciudad, enriquecen los imaginarios que la sostienen como símbolo.

Al conmemorar al poeta de la ruana, Héctor Ocampo Marín (1985) afirma que: “ (...) es un caso único y tal vez desconocido la forma admirativa, grata y afectuosa como los ejecutivos del progreso económico, social y político de Pereira miran la armoniosa parábola lírica de Luis Carlos González” (21) definiéndolo como su poeta insigne, también es muy probable encontrar en la mayoría un reconocimiento del poeta de la ruana, o por lo menos hay nociones que hablan de un ilustre compositor de bambucos.

Como resultado, en este proyecto se crea la imagen del pereirano valiente y seguidor de Dios, capaz de vencer el furor de la selva con el empuñe de su hacha, el pereirano combatiente y hábil para sobreponerse ante cualquier dificultad. Esta es la difusión del sueño progresista de la primera mitad del siglo XX, manifiesta en el espíritu inocente y sereno de las personas de la vieja aldea; representada por espantos, agüeros e historias cantadas a la belleza de la montaña, a la madre y al desarrollo de la sociedad.

Esta mirada de Pereira nacida de la celebración de sus comienzos se ha incorporado en su imaginario debido a que se relaciona con su continua visión de adelanto, de tal modo la urbe ve su reflejo fundacional cada que intenta mirarse o pensarse a sí misma, y finalmente a través de aquella imagen enseña su pasado para fantasear su futuro.

4. Capítulo III: La paradoja progresista en los relatos cotidianos de la Pereira moderna.

El retrato poético del colono antioqueño connota un acercamiento a la identidad de Pereira, sin embargo, sería difícil definir de forma completa la ciudad en estos términos porque se desconocería el carácter transitorio de lo urbano y si bien, este imaginario ha hecho carrera en la memoria de los pereiranos para el final del siglo XX se requería directamente de su sensibilidad y de sus experiencias.

Ante la vertiginosidad de la modernidad el transeúnte se vio en la necesidad de deambular las calles para encontrar las ocultas secuelas de esa nueva forma de vida generada por el progreso: los vagabundos, la soledad, las facturas, la resurrección de los recuerdos, los conjuntos cerrados, las galerías, la división de clases, la caída de Dios, la guerra bipartidista, los grupos armados, la cultura narco, la noche y todas sus complicidades.

Del mismo modo, como importantes poetas pereiranos de inicios del siglo pasado acreditaron en sus obras su espíritu cívico, el cronista que toma fuerza con el surgir de los periódicos registrará el acontecer de la aldea y dará voz a otros personajes que también hablan de la ciudad aunque se quiera atibórralos en calles oscuras y abandonadas, como en el caso de Girón (1978):

(...) Durante segundos interminables o minutos eternos trataba de ubicar los nombres en la mente, buscábale raíces recónditas al recuerdo, intentaba rememorar amigos o contemporáneos que con él fueran a la escuela, conocieran su vida gris de empleado público, o que, casualmente, hubieran coincidido con él en una tomada de trago en cualquiera de los centrales tertuliaderos que frecuentaba, donde la malediciencia pueblerina despellejaba la intimidad de conocidos y desconocidos, con saña increíble, con morbosa delectación. (19).

Es preciso señalar que la remembranza épica continuó propagándose en sus cronistas hasta mediados de la década del 80, sin embargo las consecuencias de la guerra bipartidista, el surgir de

grupos armados y la cultura narco dieron origen a la nueva crónica que habla del habitante común y no de sus gestores cívicos ni de sus luchas, porque en esa instancia se estableció un diálogo con el contexto y sus necesidades pragmáticas. A continuación se estudiarán progresivamente estos componentes:

4.1 “El periódico se amoldó a la vida moderna como el tinto”

A pesar de que el hábito de leer fue escaso la crónica acortó la brecha entre la lectura y su uso cotidiano, y simbolizó un punto de encuentro entre la literatura y el periodismo. Según su investigación sobre los primeros lectores en la ciudad Gil (2014) afirma que a partir de la instalación de la imprenta en 1903 se pasó al registro diario de la crónica periodística. Este taller fue abierto por un dentista de profesión, don Emiliano Botero quién publicitaba o promovía su oficio en *El Esfuerzo* y una variedad de letras que incluía la redacción de crónicas rojas.

A partir de ello se diluye la relación directa del inicio de los registros periodísticos para la propagación del relato diario con las transacciones comerciales y publicitarias de diversos inmigrantes como fue el caso de don Emiliano Botero. Así que esta invención también se atribuye a la mentalidad progresista pues el periódico trabajaba por y para la sociedad, esto se sintetiza en el encabezado de las páginas de *El Diario* en el año de su fundación (1929): “La ciudad es de todos. Embellecerla es patriótico”.

Se empezaría a anunciar la cotidianidad para la construcción de la memoria colectiva, la publicación de algunos textos literarios, la exposición de posibles necesidades comunitarias y la identidad del pueblo. Paralelamente la crónica entabla una íntima relación entre el sujeto, la ciudad y el relato, es hija de los primeros vestigios de la modernidad y alude al hecho de contagiarse,

“untarse”, aprehender toda complejidad, darle estética y acercarse a la ciudad como si fuese una necesidad:

Porque el periódico se amoldó a la vida moderna como el tinto, como todas esas cosas que hay que conseguir diariamente así no se necesitan. Solo que el diario sí es de necesidad, porque sin él las relaciones entre los hombres serían insulsas y detestables. (Jaramillo 1984:55).

Vinculado el desarrollo de la crónica como registro cotidiano -que atiende necesidades reales- éstos diarios se transformaron en una herramienta mediadora para las personas y su forma de comprender o pensar la ciudad.

Argumenta Girón (1987) que en 1930 Pereira ya tenía grandes avances entre ellos teléfonos automáticos y tres plantas eléctricas, pero:

(...) este progreso transformó la pobreza en miseria, en hacinamientos, en descompensaciones sociales, en homicida violencia, traída por las migraciones causadas por la violencia política de los Cuarenta. (...) Las congestiones, el nacimiento de tuguriales zonas barriales acabó con el empuje y el entusiasmo cívico de otras épocas. (9).

Desde entonces las necesidades apuntaban a aspectos más prácticos que relegaban a un segundo plano la tradición y el pretensioso civismo, algunos escritores prestaron atención a estos nuevos paradigmas mientras que otros no.

La referida violencia política de los cuarenta hace alusión al asesinato de Gaitán en 1948, el cuál propagó una guerra desmedida entre conservadores y liberales provocando la migración y el abandono de familias enteras hacia diversos lugares (entre ellos Pereira).

4.2 “Pues por política”

A partir de la década del 50 Pereira se convirtió en un lugar de refugio de quienes escapaban de la violencia política, amparándose en su tolerancia como respuesta a la sevicia política.

En 1955 los habitantes se sumen en duelo al perder a uno de sus más importantes periodistas y pregoneros del relato cotidiano. Se trató de la muerte violenta en carreteras del Valle de don Emilio Correa Uribe (director del Diario) y su hijo a manos de los llamados pájaros conservadores; (las ideas y acciones de éste radical grupo fueron representadas en la película *Cóndores no entierran todos los días* dirigida por Francisco Norden).

Sin embargo en medio de la codicia de estos sectores reaccionarios, las ciudades de Colombia continuaban propagando el civismo y desarrollo, Pereira no sería la excepción puesto que para la época de su centenario:

Los miembros de la Sociedad de Amigos del Arte y la Asociación Procultura de Pereira, respaldaron un importante concurso de historia. Se buscaba favorecer espacios de reflexión y escritura en torno a los primeros cien años de vida oficial de la famosa “ciudad prodigio”, como fuera catalogada desde la década del veinte por un visitante en comisión oficial. Se trataba de seguir, por otra parte, las líneas de una tradición que ya contaba décadas, a propósito de las celebraciones de agosto, en las que se convocaba a escritores y cronistas para alimentar los vínculos con una memoria reciente, sobre los principios –y ello se colige en perspectiva-, de unos hechos enaltecidos como valores cívicos y comunitarios generados por la ciudad de paso, la ciudad sin puertas, cruce de caminos, ciudad liberal y tolerante, como epítetos caros a una historia compartida y expresa en los documentos y en los símbolos establecidos por la ciudad. (Gil, 2002: 34).

Se continúa con la narración de los sucesos desde apuntes tradicionales y como muestra Gil (2002), esta forma de hacer historia subsiste hasta finales de la década del setenta con Lisímaco Salazar y hasta los años ochenta con Euclides Jaramillo Arango y Luis Carlos González con la publicación de sus libros de crónicas.

Para abarcar los elementos paradójicos del relato en los albores de la vida moderna, es prudente nombrar al periodista Germán Castro Caicedo (s.f) y a su libro *Colombia amarga* en el que recopila una serie de crónicas de la década del 70 escritas a manera de denuncia ante la ya referida violencia política, el exterminio de razas indígenas y la desolación de esos pueblos olvidados:

El chiquillo, que no debía tener más de siete años, viajaba apretujado en la última banca de un bus [...] Su nombre es Héctor José Medina y según me contó al llegar a la Celia, su familia había huido de allí hacía cuatro días, porque al papá lo tienen amenazado de muerte.

-¿Por qué?

-Pues por política. (19).

La Celia al ser un pueblo de Risaralda con mayoría conservadora tuvo una larga discordia con el pueblo liberal de Balboa, lugar que acogería a Héctor José y su familia. Igualmente, agradeciendo las características de la crónica como un relato sujeto a la realidad de un contexto determinado y habitado por personas de carne y hueso, se pueden recopilar testimonios como el siguiente: “Lo único que le puedo decir es que nunca me había parecido tan débil la puerta de mi casa. Dormimos todos en el suelo esperando que nos llenen de plomo por la noche” (Castro, sf:23).

Así, cuando el país violentamente se dividió en dos, la ciudad ya se había proclamado liberal y acogió en su suelo a personas como María Cano, Enrique Olaya Herrera, Jorge Eliecer Gaitán, Luis Tejada e Ignacio Torres Giraldo.

De acuerdo con Silvio Girón Gaviria en *Rastros y rostros del periodismo pereirano*, este último hombre habitante de la vieja aldea y transgresor, tras estallar la Revolución Rusa en 1917 y ser mencionada por intelectuales e incluso por *El Tiempo* y *el Espectador* quedó marcado íntimamente por las ideas comunistas y se dedicó a difundirlas por el territorio colombiano el resto de su vida.

Las necesidades surgidas en este contexto político provocarían la distorsión de la establecida tradición y la unión íntima de los nuevos relatos con la realidad, así la ciudad logra ver florecer la contrariedad del vertiginoso dinamismo que dio paso a las calles como resguardo y manifestación de diferentes componentes paradójicos, como el del progreso, tal como se lee en Girón (1978):

Pareció despertar de un sueño porque repentinamente tuvo miedo de las calles, de las acechantes sombras y las figuras apresuradas e informes que cruzaban amparadas por el apagón que transformaba la ciudad en un pueblo fantasmal. Las luces de los automotores iluminaban repentinamente las calles y repentinamente volvían a dejarlas oscuras, recorriendo con siniestros y relampagueantes trazos a personas distorsionadas, cuyos contornos adquirirían momentáneamente características feroces. (121).

4.3 Fuera de control

Para los setentas la vida en esta mediana urbe hacía trascendental entender la compleja evolución de la sexualidad con la aparición de travestis y homosexuales, quería ver a los habitantes de la calle como portadores de una identidad pereirana y unificar sus voces en la escritura de lo urbano:

Era la década de los años setentas, cuando al ritmo de los TeenAgers y de Jimmy Salcedo y su Onda Tres, el país veía nacer un nuevo grupo guerrillero y recogía las ganancias de la bonanza cafetera y se regocijaba con los triunfos de Kid Pambelé, mientras el televisor Motorola, de tubos, mostraba en la pantalla la transformación de Ultramán, luego de apoderarse de su maravillosa cápsula, para mantener el orden y la justicia en su territorio. Las rencillas políticas no se hicieron esperar. La epidemia bipartidista era el síntoma de un atraso cultural y político que por décadas nos habían hecho tan provincianos y proclives a la barbarie, como señal de incomunicación y aislamiento, mientras los dos bobos del pueblo, Juandi y Guayara, enrostraban con su abandono y sus monólogos difusos, el estado de sitio de la incomprensión y la estolidez. (Gil 2002:7).

A raíz de la guerra partidista se instauró “El frente Nacional” para repartir el poder político del país entre las élites de liberales y conservadores, seguidamente la división y las fisuras en los primeros años de este proyecto monopólico posibilitaron el nacimiento del Movimiento Revolucionario Liberal para convertirse en la base estructural de los núcleos armados posteriores como el M-19, ELN y las FARC.

Para estos dos últimos grupos y los que saldrán de sus filas, el apogeo del narcotráfico y la corrupción de las esferas del poder nacional, representarán una oportunidad de financiamiento,

poniendo en duda la democracia del país al crear una jerarquía ajustada a la voluntad de los líderes de este negocio ilícito y dándole un poder corruptor inimaginable que parecía no tener límites al conseguir poner la clase política a su servicio.

Colombia siguió forjando su historia sin escapar de lo ya hecho, pareciera que este exótico y maravilloso país estuviese destinado a encerrarse en un círculo vicioso para vivir una vez más la violencia y construir una cultura moderna representada en la figura inmortalizada de los capos de la droga.

Inaugurándose así, una cultura definida por la extravagancia, el dinero fácil, y la criminalidad, que encontró en el eje cafetero, así como los antiguos arrieros, pero con fines y consecuencias diferentes, un punto estratégico para sus operaciones, tal como lo señala Mejía et al. (2002:11), al especificar que el triángulo de ciudades intermedias (Manizales-Pereira-Armenia) suponía un punto nodal en las actividades guerrilleras y de narcotráfico destinado al triángulo de grandes ciudades (Medellín-Bogotá-Cali).

Es posible ver en la obra de Girón (1992), la Pereira mujer que sucumbe ante la pasión del juez y del aburrimiento de su marido, y es expulsada de su antigua morada, y tras de sí quedará el pueblo que sucumbirá ante el desenfreno del polvo blanco y otros milagrosos productos que encontraron en esta tierra un punto idóneo de negocio:

Años después supe que el pueblo también cambió. Las gentes se entregaron al libertinaje, al cultivo clandestino de la amapola y la coca, mucho mejor pago que el café o los comestibles. Los jóvenes consumían drogas heroicas y celebraban misas satánicas que por poco matan de disgusto al párroco que desde el púlpito me culpaba de lo que ocurría y pedía para mí la eterna condenación, lamentando el no haber permitido que las gentes me destrozaran. Las mujeres, influenciadas por la televisión y el cine rojo cayeron en el “destape”, en los encuentros carnales ilegítimos y hasta incestuosos. Participaban en desenfrenadas orgías que hacían temblar a los santos varones del pueblo, quienes añoraban el restablecimiento purificador de la inquisición. (23).

Sin duda la irrupción del narcotráfico también creó patrones complejos en la ciudad de finales del siglo pasado, pues edificó de manera vertiginosa esa forma de vida adherida al consumo, al cambio físico y corporal, porque la premisa era ostentar así que se empezaron a construir casas con fuentes enormes y mármol, porque lo importante era saciarse, crear un modo de vida que representara en las esferas altas las grandes ambiciones de los señores de la droga, y en las clases bajas oleadas de vandalismo, drogadicción y mulas, detenidas en las rutas nacionales e internacionales del narcotráfico, y que poco a poco impusieron una imagen de una ciudad y vidas narcotizadas, tal como lo relata Pasquini, G. (2000) al diario *La Nación* en Mejía et al. (2002):

PEREIRA, Colombia. - Uno puede recorrer las calles que parten de la plaza Bolívar y no arribar a conclusión alguna. El cronista ha llegado de Bogotá por recomendación del jefe de Estupefacientes de la Dirección de Policía Judicial e Investigaciones (DIJIN), mayor Juan Carlos Montero. En una larga charla, Montero le advirtió: “Los argentinos se han convertido en empresarios del tráfico de heroína”. Y, antes de despedirse, sugirió que viajara a Pereira. Pero, bajo el sol tórrido, Pereira sólo luce como una modesta ciudad de provincia que alguna vez conoció la prosperidad gracias a las exportaciones de café. De resultados de riquezas y miserias, quedó dividida en tres: una zona rica de edificios altos y modernos con shopping centers y hasta mansiones; un centro de casas bajas, con vendedores callejeros, pequeños negocios, oficinas de gobierno y una pobre feria bajo el sol, y el barrio Cuba, una gran villa miseria con una calle central de tiendas y bares. (65).

Así la década de los ochenta, definió uno de los rasgos fundamentales en el carácter de la ciudad, si bien en el fragmento citado anteriormente se pueden observar los contrastes de la estructura de la ciudad en esta época vista por una extranjera, es posible ver en Girón (1987) a la mujer que se ausenta de la precariedad de la existencia y camina en ella como una extranjera mental:

Salía de las arboledas y se lanzaba a competir en desnudez y belleza, con la estatua permanentemente choreada por el agua en la mitad de la fuente del Parque de La Libertad. Emergía pura y deslumbrante, Venus entre espumas y cielos airoso, halagada y acicateada por las miradas de asombro, admiración y arrobos, despertados por su presencia inopinada y conturbadora. Los transeúntes se paraban a contemplar

medio escandalizados, añorando repentinamente, las pasiones amorosas de sus años mozos, cuando sin reposo ni pausa gozaban del placer carnal. (2).

Como se puede apreciar, esta mujer que camina desnuda por uno de los sectores más populares de la ciudad es en la pluma de Girón (1987) la ciudad como mujer que se recorre a ella misma, se reconoce o es reconocida en medio de su precariedad como una ninfa que se baña en el parque, en una especie de limbo mental que quisiera ser una *Dolce vita*:

Sin aceptarlo e incluso rehuendo la sospecha pesquisidora de las esposas, los hombres deseaban secretamente sus formas exquisitas, lo erguido de sus senos, el bronceado arrogante de las piernas imponentes, torneadas y salvajes, que resistieran invictas los mordiscos del hambre, las inclemencias de noches lluviosas o los calcinantes días de la ciudad, cuyas entrañas de cemento y piedra se estremecían de gozo, cuando como reina libre y sin trabas se paseaban alocadas por sus calles. La ciudad amaba esa bella figura familiar a las avenidas, los sitios públicos y sombreados jardines preferidos para exhibirse con inocente y absoluto desparpajo. (2).

Continuando con Pasquini (2000), la ciudad y los municipios en el marco del narcotráfico y las problemáticas sociales, instauraron una nueva ruta que, para la cronista argentina, creaba un vínculo oscuro entre los capos argentinos y las calles de la ciudad:

Contra estas apariencias, Pereira es el centro del tráfico de la heroína colombiana, que actualmente abastece el 65 por ciento de la demanda estadounidense y que, por segunda vez en la historia, amenaza con involucrar a la Argentina en el más alto nivel del comercio internacional de drogas ilegales. A fines de los 60, los traficantes de Marsella se trasladaron a la Argentina y a Paraguay y triangulaban, desde allí, los envíos de heroína que venían de Europa y se dirigían a los Estados Unidos. La primera “guerra contra las drogas” lanzada por el presidente Richard Nixon acabó con ellos. Ahora, bandas argentinas financian y organizan envíos de heroína colombiana de Buenos Aires a los Estados Unidos, aprovechando la ventaja comparativa de no necesitar visa para el viaje. El fenómeno ha llegado a tal punto que el ex director de la Policía Nacional, general Rosso José Serrano -que acabó con los carteles de Cali y Medellín- advirtió que «hay que observar si la heroína se está triangulando a través de la Argentina nada más, o si se está eligiendo ese destino para su consumo». Las razones y los alcances de esta nueva realidad, que pone en riesgo el estatus migratorio privilegiado de la Argentina ante los Estados Unidos, sólo se vislumbran al reconstruir la historia que anida en las apacibles calles de Pereira. (En Mejía et al, 2002:66).

Ese terrible vínculo, narrado aquí solo con la Argentina, se ampliará a otros países y dinamizará el abastecimiento de droga a las demandas del norte, generando un tráfico de personas, drogas y dinero que mancharán a todas las estructuras de la ciudad, y de la cual, aún en tiempos actuales cuesta eliminar.

Durante las siguientes dos décadas (1990-2000 en adelante) muchos serán los pereiranos y pereiranas que serán absorbidos por las múltiples modalidades y recursos de propagación del narcotráfico, que encontró en las grandes problemáticas sociales y económicas de la ciudad un caldo de cultivo para sus fines expansionistas, tal como continúa Pasquini (2000):

José Ospina llegó a Pereira en 1954 de Medellín, huyendo de la violencia que ya castigaba a Colombia. Vio alzarse y desaparecer partes enteras de la ciudad, en los últimos treinta años, al ritmo del narcotráfico. Barrios ricos como Los Pinos, cuenta, fueron edificados por los jefes del Cartel de Medellín a principios de los 80, en su gloria. Carlos Lehder, hoy en prisión en los Estados Unidos, y Pablo Escobar, muerto a tiros mientras escapaba por un techo, invirtieron suficiente dinero en esta zona como para ser recordados todavía con afecto. Al otro lado de la ciudad, Ospina guía el automóvil por la calle principal del barrio Cuba, levantado a partir de los años 70 por los trabajadores golondrina del café, (...) Actualmente, el área sembrada de café equivale a un 10 por ciento de lo que se sembraba hace 25 años. Las exportaciones han caído en los últimos cinco años por la baja del precio en el mercado mundial. En cambio, cultivadores y jornaleros encontraron un nuevo trabajo. Los primeros, plantar amapola y destilar su látex o “mancha”; los segundos, ofrecerse como contenedores vivientes de la heroína que se factura en laboratorios clandestinos. “Es muy poco el que no tuvo que ver en Cuba con la heroína -asegura Montero-. Todos tienen un familiar, amigo o amante. La clase baja de Pereira vive alrededor de la heroína”. En las calles de la ciudad, sin embargo, la gente habla, contra toda evidencia, de lo bien que va el negocio del café. Hasta que un taxista joven, que ha comenzado la charla del mismo modo, lo acepta de pronto: “Claro, si casi toda la ciudad vive de la heroína. Con lo mal que le va al café...” Pero se niega a seguir hablando. El atractivo del negocio parece poco evidente para el neófito. La «mula» debe tragar hasta un kilo de heroína en cápsulas de látex y aguantar sin comer a veces hasta un día hasta llegar a alguna ciudad norteamericana (Miami, Nueva York), donde evacua su carga y recibe su paga, si sobrevive al viaje y al proceso. (En Mejía et al. 2002:66).

Mientras tanto, en Girón (1987) la mujer-ciudad que camina en medio del caos y el hervidero de problemas sociales, de los cambuches, sus amigos los habitantes de la calle, de los

ultrajes, y el desvarío de su amado muerto, aparece condenada al ultraje final del reconocimiento de la eternidad del mismo, como si no hubiera escapatoria, tal como muchos de quienes empezaron a vivir en la periferia de una ciudad que crecía físicamente, pero moralmente se preparaba para mayores ultrajes:

Con atroz lucidez comprendió que de nuevo la harían ascender y descender por matorrales y riscos para arrancarle la manta que la cubría y acaloraba. En su prístina desnudez la harían bailar entre risotadas y contorsiones de un rito sexual macabro, una danza de inmolación que sería como el prelude de su definitivo sacrificio. Se arrojarían sobre ella. Se turnarían para saciar sus ardores mediante asaltos inexorables hasta quedar satisfechos y como vaciados. Finalmente esgrimirían las armas y las descargarían sobre su cabeza, para despedazar de una vez por todas, la imagen permanentemente repetida del joven que corría y corría, antes que lo troncharan los balazos, que también para ella habían sido predestinados, desde el más impenetrable y remoto fondo de los siglos. (6).

En los años noventa la ciudad se sale del control tradicional y escapa de brazos elitistas. En esta época el narrador de Pereira acentúa su discurso para darle voz a una evolucionada y fragmentada realidad, las voces nunca escuchadas dejan ecos a su paso y la polifonía resignifica y correlaciona las complejas y paradójicas visiones del entorno. Esto refleja un desarrollo social y cultural que le da sentido y un tránsito propio a la ciudad moderna.

4.4 “Maluco también se vive bueno”

El cronista es el ciudadano que no quiere dejar que los acontecimientos caigan en el olvido, registra y relata lo que ha vivido abandonando la idea de perpetuar el pasado para darle protagonismo al nuevo acontecer cargado de complejidad; Gustavo Colorado relata y deja constancia de la Pereira matizada en sus diferentes habitantes, por tal motivo su forma de hacer crónica constituye una fuente de enorme valor para la historia y la cultura dando sentido interpretativo al contexto desde la voz de los seres que lo habitan.

Ahora, cabe establecer una relación entre la trayectoria de la guerra y la violencia en el país con la Pereira de los años 90 y a partir del relato cotidiano y de la búsqueda de esos personajes escondidos en bares, puentes, iglesias, prostíbulos, cartuchos, pega, rebusques y soledades; el cronista que pide no ser asesinado saca a relucir las resonancias de una de las diversas realidades habitadas en la ciudad, correlacionándolas al respetar su valor y la veracidad de estas personas que representan entre muchas, una nueva cara de Pereira, lejos de la heroicidad del inicio del siglo.

En el libro *Rosas para Rubias de Neón* (1997) es recurrente la asimilación del destino por parte de sus personajes quienes se enfrentan a sí mismos en el devenir de su día a día, pues “cuando uno menos se lo espera el caballo de la vida empieza a corcovear y lo tumba a uno de la silla sin darle explicaciones” dice Pablo Gálvez al relatar su paso del lujo a la carencia de todo, admitiendo que la vida no puede ser distinta de lo que es, acepta su destino y le da nombre a la crónica que contiene su historia: “Maluco también se vive bueno”.

Seguramente ese corcovear está ligado al frenesí urbanístico, al legado progresista que aliado con el tiempo deja sus secuelas, seguramente algo tiene que ver el deseo constante de ascenso que “se despliega como cáncer, llevado de la mano de quienes, a pesar de las experiencias ajenas, se empecinan en confundir el crecimiento con el progreso”. Pereira no progresó, Pereira sólo creció y lo hizo sin pensarse, sin reflexionarse, salvo algunos de sus personajes como el empleado público gris y derrotado que muestra Girón (1978):

(...)Ni siquiera recordaba las penurias producidas por un sueldo mensual, el ineficaz tironeo de una vida preñada de acaeceres mediocres, años de jubilación trasuntados en insoportable carácter; la regañona manía de culpar de todos los desastres, sismos, incendios, choques, catástrofes y mala situación del país a los políticos, los empleados públicos, los gobiernos, las prostitutas, ladrones explotadores y mendigos que infestaban las calles de la ciudad abocada a un progreso y a unos adelantos, que diaria y nochemente maldecía con golpes de tos, movimientos inocuamente amenazadores de su bastón, el sacudir impaciente del periódico, como si de esa manera pretendiera desprender y tirar al suelo, las noticias desapacibles, las fotos macabras de apuñalados o destrozados a tiros o los inocentes desnudos que venían cundidos. (21).

En el inicio de 1995 cerró el Teatro Caldas, uno de los espacios que permitieron a sus habitantes aventurarse a olvidar por un momento la realidad y deleitarse con las luces que viajan desde un proyector y se chocan en la pantalla plana e inerte para recrear las actuaciones de Silvester Stallone.

Ahora ya no me va a quedar sino oír tangos y beber amargas porque el único sitio que me gusta pa' ver cintas era ese teátrico; el morbo no me suena y a los otros teatros va gente más bien picaíta que lo mira a uno feo; pero a la final va a tocar resignarme, pues todo en la puta vida se acaba y ya sé que no volverán esas cintotas de Yango, Santana, las de chinos o peliculazas de mafiosos o por lo menos las de Rambo o Chuck Norris. (Colorado, 1997: 58).

Para las personas que sintieron los coletazos de este ya muy nombrado progreso no hubo más opción que la resignación, pero esta resignación no hace alusión a un conformismo incipiente sino a una aceptación llevada en su curso por el humor, la posesión material, el amor o el coraje. Es el caso de don Pastor, uno de los tantos hombres pereiranos que independientemente de su oficio necesitaron descargar sus soledades en el cuerpo de una mujer, en un cuerpo dotado de atributos para provocar felicidad sólo en pequeñas dosis.

Aunque Pastor se conforma con sentarlas en las piernas porque con lo viejo que está, lo único que se le para es el pulso, dice don Nicolás Romero desde su diente de oro. [...] Don Pastor ríe con la broma haciendo gala de un humor que le ha ayudado a sobrellevar la vida sin rencores, a pesar de que a los quince años en su Balboa natal tuvo que presenciar cómo una banda de pájaros conservadores despedazaba a machetazos a sus padres y a sus dos hermanos mayores. (Colorado, 1997: 32).

El autor pereirano trata de instaurar un diálogo comprometido, queriendo hablar en su gran texto de lo que resulta ser la cultura y el contexto en Pereira a finales del siglo XX, de este modo se vuelve un vocero, un individuo que habla por una comunidad.

4.5 Somatización de las angustias

Diferente a lo ocurrido en *Rosas para Rubias de Neón*, en el libro *NO DISPAREN, soy sólo el cronista* se resalta el deseo de cada individuo de buscar amortiguar la aceleración de las transformaciones estructurales y socioculturales de la ciudad, la somatización se da en la medida que cada uno vivencia de distinto modo sus sentimientos hacia la urbe, pasan ese estado anímico a la realidad inmediata, a su modo de comportarse y tomar decisiones, es como si le diesen forma física a unos pensamientos para determinar ocupar un lugar en el complejo social, y ser prostituta, “desechable”, transexual, expendedor de drogas o rehabilitado en su defecto, proxeneta, zapatero, tendero, desempleado, corrupto, etc.

La aceptación levemente pasa a un segundo plano porque en las historias de este libro de crónicas hay muchos hombres y mujeres buscando un escape de la realidad a través del rito, hay en ellos una búsqueda de paz a través de la curación de los males, de la necesidad de creer en algo o alguien, de la reivindicación, de la práctica religiosa, del coraje espiritual o del desbordamiento reconfortante hallado en el sexo.

Conocí los ejercicios para entrar en cuerpo astral, los métodos para entrar en contacto con los seres de otra dimensión sin necesidad de traer tablas ouija ni cosas de esas y sobre todo tuve oportunidad de comprender que los antepasados viven en uno, no solamente a través de los genes, como dicen los científicos, sino en formas de chispas de luz espiritual [...] (Colorado, 35: 1999).

La mujer que está detrás de aquellas palabras en su día a día realiza actividades burocráticas y comerciales como la mayoría de los habitantes de una ciudad regida por el dinero, sin embargo siente la necesidad de abandonar sus angustias cotidianas y pasar a construir otra realidad idealizada que le facilite soportar la carga compleja que trae la modernidad; aunque también la mujer es sujeto de angustias como ama de casa enfadada y resignada que recorre las páginas de Girón (1978) y que sin duda se insertará en el imaginario de la ciudad hasta los días presentes:

Si regresara en ese momento; la esposa posiblemente nada le diría. Amurallada en sus rencores y despechos de mujer traicionada, le daría tiempo para sentarse en la sala y desde allí accionar el tocadiscos para hacer sonar algún evocador tango de Canaro (...) (112).

Gustavo Colorado indaga (desde la postura de los escépticos) sobre la frecuencia con la cual los creyentes en la reencarnación afirman con orgullo haber sido personajes históricos e importantes como Napoleón Bonaparte en sus existencias pasadas pero nunca se ha conocido un caso en el que alguien aluda a la idea de haber sido un esclavo o alguien del común, “como si tuvieran la necesidad de compensar con un quimérico pasado glorioso las frustraciones y vacíos del presente” escribe citando a un médico llamado Alejandro Ruíz, un “gigantón rubio que solo cree en las canciones de Charly García y las películas del difunto Stanley Kubrick” (1999: 41).

La actualización del rito es una forma de hacerle frente a la nueva y acelerada sociedad. Pero la burocracia no fue lo único de lo que desearon escapar algunos habitantes de Pereira, pues la vida nocturna en la ciudad es reconocida por su continua actividad y por reunir en un mismo ambiente a personas de todas las edades, extractos o tendencias sexuales.

Como le dije, los primeros veinte años de mi vida los pasé entre el rock duro, los novios y en fiestas metiendo cuanta cosa había para distorsionar los sentidos; casi podría jurar que probé todo lo habido y por haber: marihuana, cocaína, ácido, cacao sabanero, jeringas o chute, como le decían los viciosos y las borracheras eran con una mezcla de gaseosa y alcohol de farmacia, tan fuerte que todavía hoy no me explico cómo tengo el hígado bueno (Colorado, 1999:52).

A pesar de que esa mujer “superó” los días de fiestas al enlazarse con la familia Hare Krishna, otras personas tomaron esta celebración noctámbula como un estilo de vida. Es el caso de dos mujeres que siguiendo el juego que la vida moderna les propuso tomaron decisiones guiadas por unas convicciones resumidas en “tirar pinta, usar ropa elegante, joyas, perfumes, ir a discotecas y a la costa, tener apartamento y carro, o al menos una motico”. Aquí radica la diferencia entre estas mujeres decididas y las prostitutas de la Galería o los burdeles de mala muerte.

En el negocio de la piel y el sudor todo vale: cafeterías, almacenes, boutique, hoteles con o sin estrellas, colegios y universidades en muchas ocasiones son el punto de tránsito hacia ese territorio donde se cambian jadeos por billetes. Son lugares frecuentados por gente de todo tipo: estudiantes, comerciantes, hombres solitarios, curas, transexuales, pederastas, militares, casi niños...o por hombres como ese profesor de Historia que desciende discretamente de un taxi en el exclusivo sector de pinares de San Martín, cruza la calle y pulsa el timbre. (Colorado, 1997: 91).

Sin embargo este tipo de decisiones no fueron o no son tomadas únicamente por mujeres, pues en la crónica *Placer en contravía* chicos estudiantes concretaban citas con hombres para obtener dinero y mantener “bien” a sus novias.

La codicia progresista, el conflicto y todas las situaciones que se dieron a partir de él son causantes del devenir caótico y contradictorio de Pereira y muchas otras ciudades (por no afirmar que todas), pues las voces y visiones constatadas anteriormente hablan y reflejan hechos de todos los lugares que pueden ser habitados por el ser humano, tal como se lee en Calvino (1995):

[...] la comparación con el organismo viviente en la evolución de la especie [...] puede decirnos algo importante sobre la ciudad: cómo pasando de una era a otra las especies vivientes o adaptan sus órganos a nuevas funciones o desaparecen. Lo mismo pasa con la ciudad. Y no hay que olvidar que en la historia de la evolución cada especie se lleva consigo caracteres que parecen restos de otras, puesto que no se corresponden ya con necesidades vitales [...]. Así, la fuerza de la continuidad de una ciudad puede consistir en caracteres y elementos que no parecen hoy imprescindibles porque están olvidados o contraindicados para su funcionamiento actual. (310-311).

Se trata entonces, en esencia de un modo de vida que tomó fuerza en la ciudad en un siglo de grandes transformaciones como lo fue el pasado centenario. La cuestión radica en el pensamiento, en las ideas que hicieron carrera hasta la actualidad.

A decir verdad los seres humanos construyen su vida sobre cosas muy frágiles: automóviles, matrimonios, títulos académicos, fama, poder, celulares, tarjetas de crédito y cuanta chuchería se han inventado para jodernos la vida y claro, cuando esas cosas se desmoronan aparece la angustia y la sensación de que nada tiene sentido. (Colorado, 1997:62).

5. Capítulo IV: Puntos de encuentro para una lectura de ciudad.

Como construcción social, estética y política, la ciudad constituye un escenario contradictorio, inacabado y por tanto complejo. Cada espacio urbano responde a un hacer y a un deber ser que, no obstante su funcionalidad y predisposición, deviene en nuevas transformaciones y reconfiguraciones, resignificaciones del territorio en donde el ciudadano aporta su experiencia y hace manifiesto su verdadero sentido de interacción con la realidad que habita. (Calle, 2003:23).

Las experiencias de los ciudadanos se correlacionan en un entorno simbólico para generar un compendio general que habla de su cultura, por ende las imágenes y los signos en compañía de las practicas individuales posibilitan acercamientos a la identidad y a los valores de un contexto determinado. Desde la perspectiva de Calhoun, Light y Keller, (2000:92) “la Cultura es la forma de pensar, comprender, evaluar y comunicar más o menos integrada que hace posible un modo de vida compartido”.

Como tal, la cultura puede manifestarse a través de la expresión estética, en esta medida el escritor o el artista en general entabla en su obra un discurso entre la realidad y su sensibilidad al construir su parcela de mundo y dar cuenta allí de la ciudad de todos; por eso el escritor, el poeta, el cronista, se convierte en un portador, es un individuo que habla por una comunidad y caracteriza los espacios de la cotidianidad.

Desde este punto de vista, al posibilitar el espacio para un ir y venir de ideales y por supuesto, al ser habitada por seres complejos, la ciudad se transforma en un elemento político, en un lugar donde juegan intereses grupales e individuales. Pereira sin ser la excepción palpa la necesidad de edificarse por medio de la memoria escrita para seguir con un curso predeterminado en relación con sus conveniencias.

Cada persona siente su ciudad y se acerca a ella a partir de los textos elaborados en su honor, cómo se podría tener una idea de la aldea sencilla del inicio del siglo XX sin los versos de Julio Cano Montoya o Luis Carlos González, cómo sería posible rastrear las complejidades emergentes en la sociedad de finales de siglo pasado sin los estudios investigativos y literarios de Gustavo Colorado y Rigoberto Gil Montoya. De tal manera la escritura permite reconstruir la ciudad para dar cuenta de sus transformaciones.

Pereira ha sido contada por sus poetas y luego por sus cronistas, pues la aldea crecía cumpliendo las promesas de su carácter progresista y de la modernidad haciéndose con ello cada vez más difícil de controlar y de narrar, convirtiéndose en el núcleo de transacciones y de la comunicación humana.

En el boletín cultural y bibliográfico de la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la Republica, Jaime Jaramillo Uribe al analizar los libros: *Pereira: visión caleidoscópica*, e *Historia de una ciudad Pereira*, menciona que “Hay varias clases de monografías históricas municipales. En primer lugar están las tradicionales, que se escriben por amor al terruño. [...]En segundo término, y de más reciente data, aparecen los estudios históricos profesionales, más confiables en su impotable lenguaje académico”. Afirma a raíz de esta aclaración que la historia de Pereira pertenece a la primera clase, a “un trabajo de amor”. “Una historia viva”. (2004:149).

Sobre el primer libro alude al hecho de que su autor Rigoberto Gil Montoya toma una postura crítica con respecto a la tradición épica del colono antioqueño cargada de la emoción de sus relatores, pero se contradice según el historiador al concebir la ciudad también desde el sentimiento y al negar que el desarrollo de la ciudad se relaciona con lo épico, y por tanto nada hay para celebrar. Su idea la sintetiza al afirmar que hay un “rechazo a lo insuperable”

Y con respecto al libro del escritor Fernando Uribe Uribe, determina que la historia de los primeros 100 años de la ciudad está permeada de ese componente amoroso por lo que “no es el libro de un historiador profesional, sino de un apasionado”.

¿Cómo puede hacerse una lectura de la ciudad de inicios del siglo XX en relación con la transformación y el cambio de mentalidad de las décadas del 80 y 90, cuando aquellos que han decidido noblemente escribirla expanden sus sentimientos trastocando su carácter objetivo?

Cabe advertir que el propósito de este trabajo investigativo es el acercarse a una lectura de la ciudad, no definir de modo completo la historia que identifique la muy nombrada pereiranidad. Pues bien, el mérito del escritor está en su mirada. En su abstracción subjetiva. Cada narración de lo urbano o de lo épico es de algún modo consecuencia de una mirada puesta en los fenómenos cotidianos.

Realizar una lectura de Pereira implica mirar con detenimiento esas ideas que van moldeando la ciudad como conjunto, como una construcción narrativa que se hace en la doble calzada de la vivencia individual y la colectiva, tal como señala Góngora (2012):

El asentamiento urbano es un espacio de vida que se vive, se valora, se siente de manera diferente por quienes lo habitan y lo recorren, ya sea a nivel individual o colectivo. Condiciona el comportamiento de sus habitantes en la mediación de las percepciones que cada individuo tiene de su entorno urbano, es decir, en la mediación de las imágenes de su entorno. (31).

Pereira es un gran texto fragmentado en pequeños capítulos que posibilitan un acercamiento a su concepción; desde la imaginación sociológica se habla del “observar nuestras experiencias a la luz de lo que sucede en el mundo”. (Calhoun, et al., 2000:6), esto apunta al hecho de saberse parte de un todo y atender a patrones sociales más amplios. Tal enfoque se vincula con los intereses planteados en esta investigación que pretende realizar una aproximación histórica y

una lectura de ciudad por medio de las voces de sus narradores; desde luego es indispensable ahondar en la manera en la que cada uno pensó en los asuntos públicos o generales de la ciudad para trasplantarlos a sus obras.

5.1 A través de la rendija: una mirada de Pereira

Pereira aún se comprende como el producto de la hazaña antioqueña, aún valida la existencia mística de agüeros y espantos; y al mismo tiempo se sumerge en contextos urbanos, en escenarios de consumo. Pereira entrelaza lo tradicional con lo moderno, pues su legado, sus valores tradicionales y todo el conglomerado sociocultural de sus inicios hizo carrera y se mezcló con las nuevas exigencias de la realidad.

A pesar de que los escritores tienen en común el deseo de plasmar la ciudad o escribir para ella, los separa la intención con que lo hacen. Claro está que las situaciones en las que surgen son completamente diferentes. Para los primeros años del siglo pasado, como lo reflejan las crónicas de Euclides Jaramillo, la ausencia de energía eléctrica permitió recrear en la aldea un ambiente tranquilo donde las herramientas para generar diversión surgían de las cosas más simples, especialmente cuando la oscuridad ocasionaba una infinidad de posibilidades en la ejecución de travesuras por parte de los niños.

Esas, eran épocas abiertas al respeto y a la sencillez, pues a pesar de permanecer a oscuras la sensación de seguridad era latente en cada habitante. Un cronista que firmaba como “TITUS” en una sección del periódico llamada Glosas titula un artículo dictando la siguiente sentencia: “*Nos faltan crímenes pasionales*”.

Aquí el cronista cuestiona de manera sarcástica la desorganización del crimen y los asesinatos en Pereira, aludiendo al complejo devenir de su profesión ya que en el pueblo tranquilo

de inicios del siglo XX era trabajoso encontrar algo para contar, viéndose incluso en la necesidad de afirmar que una ciudad sin un doble o triple crimen cada trimestre se convierte en un pueblo sin importancia.²

Por el contrario, para final de siglo XX la ciudad moderna se convirtió en un punto de encuentro en el que reinó el deseo de tener plata y poder, sin importar los medios empleados para ello, nacen otros testimonios que apuntan a acciones sociales cargadas de miedo, soledad y criminalidad. A fin de cuentas el asunto era conseguir dinero a ultranza sin impedimento alguno, sin cargar con el peso de la conciencia, pues el rezar y pecar alivianaban la existencia.

La vida nocturna tomó fuerza y se transformó en el escenario perfecto para la ejecución de las acciones relacionadas con el afán de tener dinero a como diese lugar, ya sea por el camino del robo, el sicariato o la prostitución. La rumba también se convertiría en un recurso para hacerle frente a la soledad, un escape de la realidad, la forma de llevar a cabo ese deseo de huir del agotamiento que causa el trabajo diario.

Los muchachos simplemente se sienten solos y buscan de cualquier manera un sentido para sus vidas y no es que yo esté justificando la promiscuidad o el consumo de drogar, simplemente trato de entender la verdad inocultable de que si no encuentran calor y comunicación en los hogares tienen que buscar trascendencia para su vida en otros espacios. (Colorado, 1999:24-25).

Pero el problema no sólo era de la vida nocturna, de la rumba o del narcotráfico y su intervención en la mentalidad consumista y extravagante, también hay un factor político que evidentemente al usar el poder para conveniencia de unos pocos ignoró las necesidades de la mayoría de los ciudadanos, viéndose éstos en la tarea de pensar en las posibilidades reales de un proyecto de vida que asegure ingresos suficientes: “Después de tragarme la rabia por un par de

²Tomado de “El Diario”, Pereira, febrero 1 de 1929, Pág. 5

semanas y viendo que el sueldo no alcanzaba para nada me dije: qué pendejada. En últimas, como dicen por ahí, eso se lava y la vida sigue”. (Colorado, 1999:89).

Por supuesto que no se trata de justificar las acciones de delincuentes o prostitutas, sin embargo, es claro que, si hubiese más posibilidades de ascenso económico o por lo menos educativo, las personas no tendrían como única opción el rebusque o la delincuencia, y no recorrerían las calles de la ciudad desamparada como en el cuento de Girón (1987):

Nadie comprendió que ese amor por un muerto al que creía vivo era lo que le permitía trascender, superar la miseria de su corta pero larga vida, la pobreza decorosa del hogar, donde unos viejos rezanderos y simples la amaron hasta el delirio, se sacrificaron para que estudiara y por ese medio intentara superar el ambiente maldito al que fuera predestinada. También transfiguraba así, la horda de gamines que siempre la amaron y se convirtieron en sus más fieles compañeros, los únicos que entendieron y aprobaron la magnitud de su locura. Robaban para ella y en noche de lluvias tenaces, con sus cuerpos haraposos les dieron calor y comprensión humana a sus distorsionados sueños sin nombre, dimensiones o fronteras. (4)

5.2 La ruptura del pasado

Como ya se constató las diferencias circunstanciales de cada época configuraron valores determinados que hacen posible la imagen de ciudad, sin embargo con el devenir del tiempo surgieron nuevas exigencias con respecto al modo de ver la tradición y reconfigurar la forma de actuar en el presente, como expone Calle (2003):

El desequilibrio y la discontinuidad generados por la desestabilización de formas tradicionalmente aceptadas de hacer política, de planificar los espacios públicos, de abordar el arte y la estética, y de proyectar los escenarios de participación ciudadana, configuran la visión de un tiempo que día a día se reafirma en el tejido sensible de las contradicciones y disfunciones. (37)

No se trata de rechazar o menospreciar la tradición pereirana representada en la épica montañera, el hacha y el machete, tampoco consiste en desmeritar el trabajo cívico de los ciudadanos o rechazar el carácter progresista de la ciudad que quiere siempre pensarse hacia el

futuro. No, lo verdaderamente importante es desligarse del pasado estático y tomar esos textos para interpretarlos, para formar renovadas lecturas, no se desconoce la labor emprendida por los colonos para construir la ciudad pero sí se requiere de un diálogo diferente con los espacios y la forma de habitarlos, un poco en los términos en que Marroquín (2002) plantea la des-urbanización:

Esta actitud se relaciona con lo que, dentro del paradigma del flujo (...) la *des-urbanización* de las ciudades, que tiene que ver con el hecho de que las personas cada vez recorren menos su ciudad. Debido a la rapidez, a las constantes amenazas de la violencia-real o aparente-, los individuos crean caminos particulares, itinerarios que recorren una y otra vez sin salirse del mismo paisaje. (47)

Es así como algunos escritores, deciden romper los caminos transitados hasta el cansancio y logran liberarse de la glorificación antioqueña y pasar, en sus textos a un nuevo acontecer de caminos, lejos de los impalpables hechos heroicos de la fundación y muy cerca de su nuevo sentir contradictorio y vertiginoso. Este despliegue contribuye a encaminar las acciones hacia el instante, el hoy. Ya no se precisaba de un recuerdo melancólico sino de una mirada crítica.

En palabras de Rigoberto Gil Montoya, la ciudad caótica y suntuosa “se erigía de pronto, en el plano de su escritura, en un tejido urbano en permanente crisis, movido por intereses de grupo, proclive a la corrupción de las prácticas bipartidistas, rumoroso ante la ola de desplazados, deprimente por las calles miserables de la galería”. (2002:51).

La diversidad musical hallada en las crónicas de Gustavo Colorado que van desde el Caballero Gaucho hasta Metálica connota el nacimiento de nuevas formas culturales que al desligarse de la tradición entablaron un dialogo con lo universal, con el mundo y los otros.

Las discusiones en torno a la modernidad y a las alternativas del consumo emergieron para permitir que cada sujeto reconstruya los fragmentos de sus propias contradicciones una y otra vez, por tal motivo la ciudad se transforma en un escenario inagotable, inacabable, cada día puede construirse de diferentes modos y desde diferentes ángulos, cada persona que la habita tiene todas

las herramientas para nombrarla y definirla de manera transitoria. Siempre habrá ciudad sobre la cual escribir.

6. Conclusiones

Finaliza aquí este recorrido por las diferentes voces que conforman los distintos rostros que puede tener la ciudad de Pereira. Atendiendo a la propuesta de investigación que generó esta reflexión, se ha encontrado una conexión directa entre los referentes colectivos de identidad de la ciudad con las manifestaciones literarias de sus poetas, novelistas y cronistas.

Es posible determinar algunas líneas permanentes en la narrativa y poesía pereirana a lo largo del siglo XX y que pertenecen a los imaginarios construidos desde los tiempos en que se erigió el pequeño caserío perdido entre las montañas al norte de un río y un departamento que no eran suyos.

También, como se ha visto, en poetas y escritores como Montoya, J. (2015), Gonzáles, L. (1983), Mejía, L. (2015), Jaramillo, E. (1963, 1968 y 1984), Girón, S. (1978, 1983, 1987 y 1992), Álvarez, E. (1983), Baena, B. Henao, Castro (s.f), Colorado (1999), Cano (2015) y Gil (2014), es posible encontrar rutas simbólicas y sensibles de la transformación de la pequeña aldea a la urbe en modernización.

Es importante advertir que, en la línea de tiempo recorrida, se deduce una especie de camino y exploraciones narrativas que parten de la exaltación de los valores de la antigua comarca en tiempos de la industrialización, a las críticas de la moderna Pereira que sume a sus habitantes, como cualquier urbe contemporánea, en la pétrea angustia de la existencia y la urbanización.

Este último periodo solo es posible revisarlo en un mínimo espacio narrativo, dado que las experiencias que suceden en la contemporaneidad al analizarlas con la tradición literaria de la ciudad permiten ver su crecimiento, no solo físico sino narrativo.

Atendiendo a la necesidad de recorrer una ciudad en nuevas rutas, se puede decir que uno de los alcances de esta revisión crítica de referentes literarios hace parte de un nuevo camino para

recorrer la ciudad, para exponer nuevos caminos en el reconocimiento simbólico e identitario de esta.

También, es posible desde esta revisión fundamentar nuevas miradas o avances en las apuestas creativas e investigativas de la ciudad, que sirvan como referentes a otras poblaciones, como los municipios aledaños que necesitarían proyectar en sus escritores los manifiestos simbólicos de sus proyectos cívicos y humanos como comunidad.

Finalmente, se resalta la urgencia de crear y generar revisiones profundas y críticas de la identidad pereirana, en tiempos de la manipulación publicitaria y comercial del turismo y la declaratoria cultural, como una medida simbólica y académica de reconocimiento de los valores e imaginarios nobles que hicieron posible la ciudad, y no sucumbir por completo a la mercantilización de su alma.

Así, se propone ampliar las miradas sobre identidad pereirana en otras áreas artísticas, a fin de encontrar las partes faltantes en el cuerpo, siempre híbrido, de esta urbe en crecimiento, y que requiere de sus habitantes, el mantener vivo su espíritu y su mente a través de los oficios creativos e investigativos.

7. Referencias bibliográficas

Álvarez, M. (1995) *Poetas y Poemas de Risaralda*. Pereira: Fondo Editorial.

Ángel, H. (1983). *Pereira: proceso histórico de un grupo étnico colombiano*. Pereira: Gráficas Olímpica.

Bedoya, O. (2012). *Pereira imaginada*. Pereira. Editor: Armando Silva Téllez. Primera edición. 2011.

Calhoun, G. Light, D. Keller, S. (2000). *Sociología (Séptima edición)*. Madrid, España: Edigrafos S.A.

Calle, M. (2003). *Metáforas urbanas. El artista y la ciudad*. Pereira, Colombia: Instituto de Cultura de Pereira.

Calvino, I. (1995). *Punto y aparte: Ensayos sobre literatura y sociedad*. Traducción de Gabriela Sánchez Ferlosio. Barcelona: Tusquets.

Calvino, I. (2007). *Las ciudades invisibles*. Traducción de Aurora Bernárdez. Madrid: Siruela.

Cano, J. (2015). *Poemas reunidos (1902-1929)*. Pereira, Colombia: Instituto Municipal de Cultura y Fomento al turismo.

Castro, G. (s.f). *Colombia amarga*. Bogotá, Colombia: Carlos Valencia Editores.

Colorado, G. (1997). *Rosas para Rubias de Neón*. Pereira, Colombia: Fundación Literatura y Juventud.

Colorado, G. (1999). *No disparen, soy sólo el cronista*. Pereira, Colombia: Comfamiliar.

Echeverry, C. (2002). *Apuntes para la historia de Pereira*. Pereira, Colombia: Editorial Papiro.

Fernández, J. (2012). *La ciudad de Detroit como metáfora*. Revista Ecologistas, N° 75. Recuperado de: <https://www.ecologistasenaccion.org/article25318.html>

Gil, R. (2014). *Primera memoria escrita y primeros lectores en Pereira (Risaralda, Colombia) a comienzos del siglo XX: el ingreso a la vida moderna*. Universidad Nacional de Colombia. Recuperado de: <http://revistas.unal.edu.co/index.php/historelo/article/view/42097/000000>

Gil, R. (2014). *Pereira: visión caleidoscópica*. Portal literario del eje cafetero. UTP. Recuperado de: <http://www.utp.edu.co/cmsutp/data/bin/UTP/web/uploads/media/literario/documentos/PEREIRA-VISION CALEIDOSCOPICA.pdf>

Girón, S. (1978). *Ninguna otra parte*. Pereira: Editorial gráficas Olímpica.

Girón, S. (1987). *Los pioneros del periodismo pereirano*. Pereira: Instituto financiero para el desarrollo de Risaralda.

Girón, S. (1987). *La ninfa de los parques*. Pereira: Fondo editorial Gobernación de Risaralda.

Girón, S. (1992). *Seis cuentos pereiranos*. Pereira: Imprimiendo LTDA.

Girón, S. (1996). *Rastros y Rostros del Periodismo Pereirano*. Pereira, Colombia: Fondo Mixto para la Cultura y Las Artes de Risaralda. Litografía PreNóbel.

González, L. (1983). *Asilo de versos*. Bogotá, Colombia: Talleres gráficos.

Góngora, L. (1999). *Semiótica del paisaje urbano*. En: Pardo, N. Y Rosales, (Comp.) *Semióticas Urbanas*. Buenos Aires.

Jaramillo, E. (1968). *Antología del juguete. Talleres de la infancia*. Publicación del comité departamental de cafeteros del Quindío. Colombia: Editorial Bedout.

Jaramillo, E. (1984). *¡Terror! Crónicas del viejo Pereira, que era el nuevo*. Quindío, Colombia.

Jaramillo, J. (1963). *Historia de Pereira 1863-1963*. Edición del centenario.

Jaramillo, J. (2004). *El rechazo a lo insuperable*. Vol. 41, Núm. 66. Boletín cultural y bibliográfico de la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la Republica. Recuperado de: https://publicaciones.banrepcultural.org/index.php/boletin_cultural/article/view/908/917

Jaramillo, J. (2004). Los que cuelan en una *ciudad sin puertas*. Vol. 41, N°66. Boletín Cultural y bibliográfico de la Biblioteca Luis Ángel Arango. Recuperado de: https://publicaciones.banrepcultural.org/index.php/boletin_cultural/article/view/909/918

Marroquín, O. (2002). *Habitar la ciudad líquida*. Revista Realidad, N°85. Recuperado de: <http://www.uca.edu.sv/revistarealidad/archivo/4d50473083024habitarlaciudad.pdf>

Ocampo, H. (1985). *El poeta de la Ruana y su historia de Pereira*. Bogotá, Colombia: Banco de la república, departamento editorial.

Ocampo, H. (1985). *El poeta de la Ruana y su historia de Pereira*. Bogotá, Colombia: Banco de la república, departamento editorial.

Pasquini, G. (2000). En: Mejía, W. Fernández, A. Vergara, G. Gartner, G. y Ciro, M. (2002). *Las "mulas" del eje cafetero*. Colombia: Red nacional de Universidades públicas. Recuperado de: http://www.mamacoca.org/docs_de_base/Cifras_cuadro_mamacoca/Las_mulas_del_eje_cafetero_2002.pdf